

Amengual Coll, G., *Deseo, memoria y experiencia. Itinerarios del hombre a Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2011, 222 páginas, 21 x 13 cm.

Recensión de J. M. Díaz Martín
en *La ciudad de Dios* 225 (3/2012) 569-571

Gabriel Amengual, además de catedrático de filosofía en la Universidad de las Islas Baleares y canónigo de la Catedral de Palma de Mallorca, es un pródigo conferenciante igualmente apreciado por la penetración de su pensamiento que por su claridad y sencillez expositivas, que brillan sobremanera en las materias de su especialidad académica, la filosofía contemporánea y la filosofía alemana de la Ilustración, no siempre atentas a estas gentilezas. Y su nuevo libro, para regocijo de aquellos que le hayan escuchado últimamente, recopila algunas de esas conferencias, que pueden disfrutarse aisladamente dejando al margen el orden propuesto. Pero, a la vez, su lectura conjunta, apoyada convenientemente en la introducción y en el capítulo central («El hombre, un ser trascendente»), ofrece una panorámica que aúna, resume y profundiza algunas de las inquietudes que con más insistencia han dado forma a su obra de las últimas décadas, como *Crítica de la religión y antropología en Ludwig Feuerbach*, *Presencia elusiva*, *Modernidad y crisis del sujeto*, o *La religión en tiempos de nihilismo*, entre otros.

De ese hilo central nos vamos a ocupar aquí con la brevedad que el marco nos impone. Y, para ello, quizá no haya mejor vía de entrada que el final del libro, que no por acaso termina con la cita de Job (42, 5): *Yo sólo te conocía de oídas, pero ahora te he visto con mis ojos*. Palabras que –según advierte un momento antes– señalan el final del «proceso de fe de Job». Lo cual se daba ya en un horizonte: Job ya había aceptado a Aquel a quien ahora se disponía a recibir; un aceptar y un recibir que distaban cuanto lo hacían el «conocer de oídas» y el «ver». Y ese proceso, que en términos teológicos tradicionales habríamos descrito como la temblorosa línea que traza la gracia para unir la religión a la fe, es el que hoy se ha difuminado. El punto de llegada del libro del profesor Amengual nos devuelve así a su punto de partida y lo abraza por entero: la situación del hombre actual, a quien, con mejores o peores razones que el lector podrá ver reflejadas y discutidas en varios de los artículos-capítulos de este libro («La

sospecha hacia todo camino de encuentro con Dios», «Experiencia, mística y filosofía», «Filosofía de la religión y experiencia religiosa»), se le ha ido cerrando el paso a la religión como *prius* de la fe. Una situación que ya no puede ser sólo constatada: se ha de dejar también constancia de la pérdida que ha implicado, que surge del contraste entre las expectativas puestas por la modernidad en sus distintas propuestas de liberación interior del hombre y sus resultados, a la vista de todos; se trata de lo que el profesor Amengual llama una «interioridad desfondada».

Sobre este primer núcleo del libro, una ponderada crítica de la crítica de la religión, surge la pregunta: ¿De qué manera nos está dado seguir hablando de la fe sin referencia a la religión en su sentido clásico, si es que es posible seguir haciéndolo? Desasido de las formalizaciones que el fiel tiene a su disposición para concentrarse y, así, trascenderse trascendiéndolas, se supone generalizadamente que al hombre de nuestros días alejado de la religión ya no le está dado un ver que no sea el disperso entre la multitud de los estímulos exteriores ni un mirar que no sea el que se fija obsesivamente en su angustiante vacío interior. Sin embargo, contra esa excluyente alternativa, que abona la *re-nuencia* de ciertos enfoques filosóficos de la hora presente a volver sobre temas que constituyeron centros de su reflexión y su praxis, el profesor Amengual apuesta sin dudarle por investigar la «huella de Dios en el hombre», que también y sobre todo se revela «en su ser desfondado», utilizando para ello los márgenes que la filosofía contemporánea le brinda mediante un enfoque que define como «antropológico existencial». Una perspectiva que permite al lector descubrir entre líneas la raíz de la actitud con la que el filósofo ha gestado su lenta pero implacable separación del *lego*, el abandono de aquella huella, el *numen* en el hombre en definitiva, a la vez que le brinda la oportunidad de saludar su vuelta a la escena del debate filosófico para hacerles compartir un panorama del que aquél, el filósofo, ya no puede declararse irresponsable.

Pero esa investigación no puede tener lugar de cualquier forma, porque no es de cualquier forma como se accede a ese *numen*. De él dan cuenta una miríada de datos impresos y vagamente conceptualizados en el lenguaje común (el dolor, la angustia, la soledad...) a los que en su día salió al encuentro la Palabra revelada para dar lugar a la praxis de la religión que encauzó los caminos de ese *numen*. Y, frente a la vía analítica que nos propone esa miríada de fenómenos, el profesor Amengual opta en este punto por la vía de una síntesis de neto sabor agustiniano (no en vano san Agustín es uno de los autores más citados en el texto): experiencia, deseo y memoria, indicadores ya de la

presencia de Dios en el hombre y, a la vez, carnalidad de los existenciales propiamente humanos: la experiencia, carnalidad del conocimiento (tema que en el libro se desarrolla con peculiar lucidez en el capítulo titulado «La Cruz, ¿sabiduría humana?»); y el deseo, carnalidad de la voluntad (que brilla en la minuciosa interpretación de *La acción* de Blondel como una fenomenología del deseo que tiene lugar en el capítulo «El deseo como apertura y acceso a Dios»). ¿Y la memoria? La memoria, «esencia de la interioridad –en palabras de Levinas que recoge el texto– como inversión del tiempo histórico», acaso nos depara una religión como camino de vuelta de esa fe hoy posible.

J. M. Díaz Martín